

Paisajes: las piedras dormidas.

La obra como oráculo manifiesta pasiones, motivos que embriagan y toman a individuo y ambiente, más allá del tiempo y del sentido cartesiano del lenguaje. En la obra el hombre ve, sin lugar a dudas. Pero no con la mirada del pensamiento. Ni con la estructura de la razón. Ni con la linealidad de la historia. El hombre ve en la obra. Y aquello que ve es inexplicable.

La obra se manifiesta y se invoca, ambos. Y a tenor de ese conjuro se muestra mediante el medio, el material, el canal, el autor. Por lo tanto la predisposición a contemplar la obra debe pasar por cierta familiaridad con la emoción pura que se desprende de un instante sin querer comprender. Cualquier lucubración al margen de esa experiencia, de ese misticismo, es provocada por la forma que el lenguaje le podrá atribuir.

Es por ello que el autor en esa invocación de la emoción pura, como chamán vive, a caballo entre la individualidad, la colectividad y el espíritu, una realidad trinitaria que a manera de ritual permite llenar la memoria colectiva con un cierto sentido trascendente a la vez que espiritual.

Fiel a ese modo de ver y vivir la obra éste trabajo está resuelto fuera de cualquier voluntad prescrita. En una clara y determinada voluntad de encontrar en el trabajo diario aquello que, por decirse de algún modo, pudiera definir en un tiempo concreto una inquietud concreta, una vivencia concreta, que finalmente pudiera ser enmarcada a modo de exposición. El título a sido elegido sin demasiadas vacilaciones. No deseo ni debo pensar. Y si arriesgo a concretar hoy, creo contemplar en él cierto deseo a evocar el envejecimiento y la muerte, en un dormir permanente, que amordaza y mata la liberación.

No deseo hacer hincapié en el presente socio-político que sin duda es parte imprescindible detonante de esta obra. Sin duda se vive hoy un lento funeral. La obra es representación de un tiempo muerto, de un tiempo detenido. Quizá asombrado ante un presente decepcionante materialicé la contemplación del tiempo, estático, muriendo. Trabajé como tantas otras veces impelido a suscitar emociones entorno a un cierto sentimiento romántico con la muerte. Orígen sin duda común del realismo pues ambos devienen una vez orquestada la Expulsión. Quizá el trabajo se ejecuta con esa agrídulce amargura del desarraigo. No lo sé. No debo saber.

Mi deseo es complementar pintura y poesía, poesía y pintura, con la edición del libro de poesías “Los ojos sobre el olvido” elaborado y terminado para las mismas fechas.

Quizá el pulso del romántico-realista, del hombre detenido a contemplar y huir de su tiempo, deba evaluarse entorno al patetismo que tan hondamente golpea en ciertos momentos de la

historia. Agarrarme al sueño o a la muerte son dos mentiras que viven ambas atabiadas por un mismo vestido. Quizá cuando el presente se muestra tan implacable no quepa otra obción que contemplarlo, distante. Arqueólogo.

No resolver la intención de la obra es una inquietud que permanece en mí. Quizá esas piedras que a menudo reencontramos cercanas a nuestro camino, olvidadas en un pedazo de sendero a ninguna parte, pero sorprendentemente dispuestas por la intención de alguien, por leve que sea, de alguien que forma parte de otro tiempo, quizá nos invoquen el no-tiempo.

Quizá esta obra no sea otra cosa que la representación de cierta voluntad de lejanía con mi presente. No debo saberlo.

Reconocer el mundo como olvidado estremece y embriaga a la vez. La finitud del tiempo se enfrenta a la persistencia de las piedras como empujándonos a reconocer cierta trascendencia de la vida. Y no podemos más que reconocer la levedad de nuestro paso junto a ellas. Y despedir nuestro presente con una inmediatez que mata.

De todas formas recordemos: mientras reposamos, cercanos a su misterio, habremos sentido cierta afinidad con un tiempo indefinido, irresuelto, indeterminado.

Quisiera situar esta obra cercana al impulso desequilibrado. Cercana a aquél que contempla tan sólo. Cercana a la emoción de la arqueología que busca en las piedras perdidas, caídas, en las ruinas olvidadas, una emoción que hasta hoy queda por terminar.

Finalmente al reposo de las piedras viene dispuesta otra mitad de diablo poeta y furia que anda suelta en la oscuridad del hombre. La penumbra se vuelca sobre el lienzo dispuesta a disolver los límites de la luz con la desdicha de la guerra.

Y ahí está la muerte, la descomposición, la basura. Los restos apartados. Los desechos. Con los que también he necesitado trabajar y que tan escrupulosamente he provocado almacenarse en montones de basura y polvo barrido y usado para “pintar” en el estudio”.

23 de julio de 2003
Jordi Güell